



*Christine
Leunens*

**LOS
MEJORES
AÑOS *de*
NUESTRA
VIDA**


ESPASA

CHRISTINE LEUNENS

LOS MEJORES AÑOS
DE NUESTRA VIDA

Traducción de Milo J. Krmpotić



Título original: *In Amber's Wake*

© Christine Leunens, 2022

© por la traducción, Milo J. Krmpotić, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Espasa es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Primera edición: enero de 2024

ISBN: 978-84-670-7213-6

Depósito legal: B. 20.835-2023

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Huertas Industrias Gráficas, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



EL PUNTO DE RETORNO SEGURO

3 DE ENERO DE 1991

No había ventanillas por las que mirar. No había nubes blancas sobre un cielo azul con el mismo aspecto que la tierra helada que no tardaría en ser nuestro destino. No en aquel Hercules RNZAF LC-130, un vuelo militar. No había moqueta, ni almohadas, ni insonorización. Nosotros —es decir, los seis hombres del equipo de rodaje— estábamos sentados de cara a una fila de científicos y personal militar. Los asientos no eran más que una red de correas que nos protegían el culo de los tornillos, y yo no era el único a quien el estómago le obligaba a salir disparado hacia el «tarro de miel» situado en la popa. Cada vez que alguien vomitaba, se producía algo parecido a una reacción en cadena.

—Es mejor que ir caminando —oí que le decía un militar al tipo que estaba sentado a su lado.

—Pero ¡por poco! —fue la respuesta.

Una nueva turbulencia nos atrapó sin previo aviso y tampoco fue el mejor momento para que el piloto anunciara que habíamos alcanzado el PRS. A mi izquierda, Bertrand anunció a gritos que «PRS» significaba «Punto de Retorno Seguro». Una vez superado, bramó, si el clima se ponía chungo, tendríamos que aterrizar o estre-

llarnos en la Antártida, porque no dispondríamos de combustible suficiente para regresar. Con excitación infantil añadió que, si el aterrizaje en McMurdo era demasiado arriesgado, tendríamos que dirigirnos hacia el Polo Sur con la esperanza de encontrar una pista improvisada o de intentar un «aterrizaje a ciegas». Con aquel cabello pelirrojo que le caía sobre los hombros y que contenía con una gorra promocional de la cadena de restaurantes BeaverTails, aquella barba, a la que tampoco le habría ido mal que la domesticaran un poco, y su nariz, enrojecida tanto por el frío como por la bebida, Bertrand podría haber pasado por uno de los subcontratistas de Papá Noel antes que por el cineasta avisado al que conocía desde hacía tanto tiempo. Fruto de una travesura de la naturaleza, cuando sonreía parecía más bien gruñir, impresión que sus cejas tupidas no hacían más que remarcar.

Pese al ruido de los motores de turbohélice, algunos de los hombres estaban echando una cabezada. No obstante, yo no podía dormir. Demasiados interrogantes. ¿Y si me pasaba algo antes de poder confesarme? Eso me llevó a pensar en el desastre del vuelo 901. Las visitas turísticas de ese tipo solían salir de —y regresar a— Nueva Zelanda el mismo día, sin llegar a aterrizar en la Antártida. «Vuelos circulares a ninguna parte», los llamaban.

Aterrizamos en la pista Hielo Azul y, nada más pisar la plataforma de acceso, la amplitud y la profundidad de aquel blanco sin interrupción me llevaron a tragar asombrado una bocanada de aire. Con ella experimenté lo que deben de sentir los recién nacidos al respirar por primera vez: el dolor me bajó hasta los pulmones e, igual que un neonato, recibí una palmada en la espalda que

me permitió soltar un grito conmocionado. Tal y como sospechaba, había sido Bertrand. Tuve que hacer acopio de todas mis fuerzas para mantener una expresión impasible: se había puesto un sombrero peludo de mapache y la cola rayada del animal le colgaba a un lado. No me preguntéis cómo había pasado esa cosa muerta y polvorienta la aduana neozelandesa, aunque solo fuera para hacer un transbordo. Con aquella barba y cejas tupidas, y la cabeza medio embalsamada, me sentía como si me hubiera encontrado cara a cara con el yeti.

—Aquí no tienes nada que temer, Ethan. No hay osos polares, no hay lobos, no hay ALCES... —se burló de mí. Lo del alce era una vieja broma entre nosotros.

—Oh, pues yo creo que sí. —Cedí al impulso de tirar de la cola del mapache—. ¡Con eso sobre la cabeza parecen el eslabón perdido!

—Bueno, pero no lo toques. —Me dio un cachete en la mano.

No tardamos en hacer piña con los demás y Bertrand nos soltó una arenga sobre lo que nos esperaba allí.

—Cuidado con los puentes de nieve. No os dejéis engañar por ninguna superficie lisa, pues podría tener solo una pulgada de profundidad. Y, por debajo —soltó un silbido—, una caída de treinta metros. Así que, cuando diga «quietos», ¡os quedáis quietos!

—Y si nos quedamos quietos sin que lo digas, es que nos hemos congelado —bromeé, aunque los curtidos quebequeses que me rodeaban no parecieron prestarme demasiada atención.

Bertrand acabó de pronunciar su discurso con calma:

—No nos marcharemos sin hacer justicia al guion de Ethan, aquí presente —me pasó el brazo por los hombros con fuerza—, y capturar el espíritu de este lugar. Y,

cuando lo hagamos, me gustaría dedicar este documental a Aurélie, mi esposa, quien lleva treinta y cuatro años aguantándonos a mí y mi afición por los documentales. Así que no hagáis ninguna tontería que me obligue a dedicarle la película a alguno de vosotros en su lugar.

Bien, Bertrand y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo. Podría escribir páginas y páginas contando que tiene un corazón de oro y que siempre defiende a los más débiles, que sus carcajadas suenan con más fuerza que sus gritos, que siempre logra ver las cosas en su conjunto y que todo lo demás no le importa una mierda. Pero, hasta donde yo sé, aún no está muerto, así que no voy a pronunciar su panegírico.

Al poco nos metieron en el autobús lanzadera Iván el Terra, y nos asignaron las taquillas en la base Scott. Taquillas sin candado, debo añadir, porque al parecer a nadie se le ocurriría abrir la de otra persona. Después de una reunión informativa sobre la manera en que funcionaban las cosas —el generador, la protección contra incendios, la medicina, los orines, los desechos más pesados, la basura, adónde iba allí y adónde se iba después de allí (de vuelta a Christchurch) y ese tipo de cosas, de las que uno a menudo no querría enterarse— nos condujeron a la barraca quonset. A la hora de escoger las literas, supe por experiencia que era mejor estar encima de Bertrand que debajo, porque de otro modo tendría su colchón colgando justo sobre la cara. La primera comida fue un bufé caliente en el comedor, y Bertrand se la pasó charlando con el cocinero, intentando ponerse a buenas con él, sospecho, para averiguar qué partes de la despensa podría asaltar durante la madrugada.

Aquí por la noche apagan la calefacción y yo estoy en una de las salas comunes, en este momento a dos grados

Celsius (y bajando), con algunas badanas por encima y el procesador de textos calentándose ligeramente el regazo. Hace rato que los demás se han ido a la cama; ya es de madrugada, pero no lo parece por culpa del sol de medianoche. Aunque este diario pretende ofrecer una idea de lo que vaya haciendo mientras esté en la Antártida, hay algo más, ya que esta producción se me ocurrió durante una serie de noches de insomnio, a fin de no volverme loco y para poder venir hasta aquí en un periodo de autoexilio. En resumidas cuentas, necesitaba con desesperación este espacio, este lienzo en blanco, esta distancia, para ser capaz de confesar lo que necesito confesar, para asegurarme de que la verdad quede sobre el papel. Y, para ello, debo abrir el morral de piel que tengo a mi lado, en el suelo, lleno de mis viejas agendas, que abarcan como una década. Supongo que ahora sí que he superado de verdad el PRS.

NAMBASSA

27-29 DE ENERO DE 1979

Quien no haya estado allí no podrá entender nunca la magia de Nambassa, pero quien sí haya ido tampoco podrá describirla sin acabar convirtiendo en un simple felpudo lo que fue una alfombra voladora. En términos prácticos, Nambassa fue un festival de música, artesanías y estilos de vida alternativos que se celebró en una granja del Golden Valley y que recordó al festival de Woodstock por los miles y miles de personas que acudieron a él. Fue una celebración de la paz y el amor, el sueño hippie para todos. Lo que recuerdo de él no es más que la punta del iceberg. El gentío que levantó sus mecheros encendidos durante la actuación de la Little River Band, los grupos de versiones que se probaban con The Doors y Bob Dylan, una jungla de gente, los niños que corrían de aquí para allá bajo un sotobosque de extremidades, las mujeres que se refrescaban en duchas portátiles, sus cuerpos desnudos a la vista; una sensación de liberación, de caminar un par de centímetros por encima del suelo. Vale, no negaré que yo mismo le di algunas caladas a un porro y que es muy probable que el humo dulce que liberaban las multitudes contribuyera a esa sensación en forma de aromaterapia generalizada.

Había pensado en asistir con Olivia, mi novia en aquel momento, pero el plan no había salido del todo bien porque ella odiaba «mis conciertos y multitudes». Para Olivia, yo siempre estaba algo por debajo de una especie de ideal relacionado con Barry Manilow (lo que ofrece una pista acerca de sus gustos musicales). Allí, al aire libre, se vendía o intercambiaba todo lo que existía bajo el sol: masajes y reflexología donde hubiera espacio para poner una camilla; cholis, saris y pantalones bombachos en una parada; momos, samosas y naans en otra, un montón de Budas... De no haber sabido dónde estaba, de verdad que habría pensado antes en Goa que en Godzone. En mi segundo día allí, delante de una mesita con «anillos de humor» que refulgían bajo el sol, me llamó la atención una rubia delgada y de aspecto frágil, con el cabello largo hasta el trasero. Creo que se debió a que parecía alterada, le temblaban las manos mientras observaba uno de los anillos. Iba vestida de manera peculiar, con unos pantalones de montar ajustados de color blanco y una camisa de vestir anticuada y también blanca, pero sucia y con manchas de hierba. Como si hubiera necesitado que alguien fuera testigo de aquel momento y ese alguien resultara ser yo, me dirigió una mirada y dijo:

—¿Sabes?, los cristales líquidos reaccionan a tu temperatura y presión. Cada color representa un estado de ánimo diferente. Es como entender un arcoíris, franja por franja.

Pensé que las cosas no debían de irle muy bien si necesitaba que un objeto «mágico» interpretara sus emociones.

Con una sonrisa burlona, se puso un anillo en el dedo y le preguntó al objeto:

—¿Cómo estoy hoy? ¿Asustada? ¿Enfadada?

—¿Confundida? —le sugerí, aunque lo más probable era que estuviera colocada.

Cuando se alejó, algo en ella me dejó sintiendo curiosidad y preocupación a la vez. La manera en que se había abrazado a sí misma mientras se desplazaba con una pequeña cojera entre una parada y otra..., parecía sola y vulnerable en medio de aquel océano de gente. Entonces atravesó la multitud en diagonal hasta salir a un prado, casi como si se hubiera quedado atrapada en una contracorriente, así que me puse a seguirla de cerca.

Llegó junto a dos caballos que parecían mustios en aquel recinto tan soleado y, por la manera en que les dio unas palmaditas en el hocico, tuve la sensación de que le reportaban algún tipo de apoyo emocional.

—Queréis que estas moscas tan molestas os dejen en paz, ¿verdad? —preguntó, y espantó la nube oscura con la mano mientras atraía ambas cabezas hacia sí con una ternura que estuvo a punto de hacer que deseara convertirme en un caballo.

—Ey, hola. Me llamo Ethan. —Me uní a ella—. ¿Estás bien?

De cerca me di cuenta de que probablemente se encontrara hacia el final de la adolescencia. Su belleza era natural, con unos ojos soñadores de color azul claro, las pestañas blanqueadas por el sol y la nariz que se le estaba quemando, la boca bonita en un gesto de mohín y un aire sencillo, cercano a la naturaleza, casi escandinavo.

—Veamos... —Entornó los ojos bajo la luz del sol para ver la piedra de su anillo nuevo—. Hum, podría estar mejor.

Habría jurado que oí la palabra «ámbar» en el momento en que se disponía a enseñármelo.

Le eché un vistazo a la baratija.

—Está negra —dije sorprendido. Ella arrugó la nariz, también parecía perpleja—. No ámbar —añadí.

Ella se mostró de acuerdo y dijo:

—Amber, me llamo Amber.

Maldita sea, lo que quería era estrecharme la mano.

—¡Oh, lo siento! Pensé que te referías a que el cristal líquido estaba..., ya sabes, de color amarillento.

Nos reímos y nos quedamos allí parados un instante, sin saber qué decir ninguno de los dos. Probé con:

—Mmm, ¿has venido a caballo?

Ella bajó la mirada hacia su vestimenta de amazona y se encogió de hombros.

—Ya lo sé. Hay un trillón de personas y yo soy la rari-ta. Tengo un hermano mayor, que me ha traído hasta aquí y luego se ha largado con unos colegas. —Esto pareció recordarle el hecho y pasó a frotarse la sien en círculos pequeños—. Vinimos en el último momento, en busca de un poco de paz y refugio.

—¿Paz y refugio?

—¡Para que no lo mataran por hacer *piaffles* y *demi-volts*! —Debí de quedarme pasmado, porque ella hizo como que cogía unas riendas invisibles—. Daniel hace doma clásica, mi padre cría caballos. Para papá, la doma clásica es tan mala como si un niño quisiera hacer ballet.

—¿Es posible que, por algún casual, nuestros padres sean familia? El mío piensa que solo las chicas pueden llevar el pelo largo.

Al oírlo se mordió el labio.

—Es porque el caballo se rompió la pata mientras seguía la rutina. Hubo que sacrificarlo.

Seguimos avanzando, con pasos lentos, hacia una zona menos atestada. La bahía acabó por abrirse ante

nosotros con su color turquesa claro sobre el que flotaba una malla de luz; la brisa arrastró el aroma del océano hacia nosotros y nos instalamos allí. Durante el resto del día, despiertos durante la noche y hasta bien entrado el día siguiente, compartí todo lo que tenía con ella: bollos de queso, bollos con pasas, cervezas de jengibre, la esterilla de campamento, el saco de dormir, que abrí al caer la noche para salvarnos de los mosquitos..., y ella compartió todo lo que tenía conmigo: una barra de bálsamo labial, su conocimiento de las constelaciones del zodiaco en lo alto y sus grandes ambiciones por proteger la vida marina, salvar animales y evitar que el mundo se consumiera. Al margen de un chapuzón matutino en ropa interior, lo único que hicimos fue hablar sin parar. Bueno, al principio la que habló sin parar fue ella, mientras que yo me dediqué a escucharla sin parar también.

—Los caballos son fuertes y robustos, pero un paso en falso y de repente están hechos de cristal —me dijo—. Un caballo como ese cuesta lo mismo que una casa, y papá ni siquiera logró salvarlo para que llevara una vida tranquila de semental, porque los huesos de las patas del caballo se astillan en muchísimos trozos, de verdad que son como de cristal, y no se habría curado nunca. El pobre animal habría sufrido muchísimo solo por seguir vivo. Y él adoraba a ese caballo. Cuando era un potrillo solía saltar mucho, como cuando haces palomitas, así que le puso el mote de Popcorn.

Me contó que su padre apuntó a Popcorn con el rifle, pero luego lo dejó en el suelo y comenzó a pasearse de aquí para allá, estrujándose la cabeza en busca de otra opción que, ay, no existía, y eso lo sabía incluso ella. Así que Amber recogió el rifle de su padre. Los relinchos agudos le habían provocado un horror tal que fue el es-

tallido mismo lo que le indicó que había disparado el arma.

No creo que más tarde recordara ni la mitad de lo que me contó mientras seguía bajo los efectos del trauma, porque durante las semanas que siguieron saqué el tema una vez y la secuencia cambió de manera inexplicable. Esa vez, su padre le ordenó que entrara en la casa y fue él quien disparó al animal a bocajarro, de modo que la sangre salpicó a Daniel. ¿Pretendía que nadie se enterara, ni siquiera ella misma, de que había cometido un acto violento pero necesario? ¿O era aquella la versión que les había dado a «todos los demás», pero no la que estaba reservada para el hombre especial de su vida?

Las horas fueron pasando y, con el cambio de la luz, pude ver que la sal había formado tenues deltas en sus mejillas. Las olas golpeaban contra la orilla y la música sonaba a lo lejos, como un trueno remoto cuando la tormenta ya ha pasado. La calma se cernió sobre nosotros, y sus ojos, del color azul claro de una piscina, me hicieron pensar en los juegos de luz que un día soleado suele dibujar en su parte más honda. Aquel era el momento. Podría haberla besado, debería haberla besado, sobre todo cuando me miró a los ojos y noté que deseaba que lo hiciera. Es complicado explicar por qué me contuve. Supongo que en aquel momento me pareció que ella estaba demasiado perdida y abrumada por las emociones. Además, por encima de todo no quería que más tarde se enterara de que yo aún estaba con otra persona y dejara de confiar en mí. Quise ser lo más decente posible y comenzar las cosas de la manera correcta.